

Platón (El objetivo filosófico de Platón es conseguir la Justicia en la Polis)

Platón, desde muy joven, tuvo una clara vocación política; pero, decepcionado por la organización política de la Atenas de su época -decepción que alcanza su punto más alto al ser condenado a muerte su maestro Sócrates-, abandona para siempre la idea de dedicarse a la política activa. Piensa que la razón de la corrupción existente en la vida política se encuentra en el escepticismo sofista. Si, como éstos afirman, no existe la verdad, si sólo vale la opinión, y todas las opiniones tienen el mismo valor, la única política posible es la que se basa en la violencia física o económica. Por eso, Platón -frente a la afirmación sofista según la cual no se puede alcanzar la verdad- se sitúa al lado de Sócrates que había reivindicado esta posibilidad para el hombre y había afirmado que, utilizando la razón, se puede alcanzar la verdad, se puede hacer ciencia, consistiendo ésta en afirmaciones universales, necesarias e inmutables.

Nuestro autor piensa que si la ciencia consiste en un conjunto de afirmaciones universales, necesarias e inmutables, y la ciencia existe y tiene valor, sólo puede ser porque existen objetos o realidades universales, necesarias e inmutables. Y como estos objetos no existen en este mundo sensible, compuesto todo él de cosas cambiantes y concretas, tienen que tener su sede en “otro mundo”, que él denominará el mundo de las Ideas. Existen, pues, dos mundos: el sensible, en el que estamos, y el mundo de las ideas. Más aún, de estos dos mundos, el auténtico es el de las ideas. El mundo sensible es una copia del mundo de las ideas. Pero, ¿de dónde obtiene el hombre sus conocimientos científicos si los objetos universales, necesarios e inmutables no están en este mundo? Platón soluciona este problema hablando de un hombre que es cuerpo, pero sobre todo alma; un alma eterna que ha vivido en el mundo auténtico de las ideas y que, aunque ha olvidado lo visto en ese mundo al unirse al cuerpo, puede recordarlo al ver sus copias en el mundo sensible.

Esta concepción dualista del hombre se traslada después a la ética. Si lo valioso del hombre es su alma, si el cuerpo es solamente la cárcel del alma, el hombre deberá vivir de tal manera que sea su alma racional la que dirija las otras dos partes del alma: irascible y concupiscible.

La concepción platónica del Estado y de la sociedad está influida por su concepción del alma humana. Para Platón la sociedad no es sino una prolongación del alma, compuesta -lo mismo que el alma- por tres estamentos distintos. Para funcionar adecuadamente debe organizarse de manera que cada estamento cumpla con sus funciones adecuadamente. Además, sólo en sociedad puede el individuo alcanzar la virtud, sólo una organización social justa del Estado puede proporcionar al hombre el acercamiento a la justicia. No podemos olvidar que el objetivo de la filosofía platónica es político: organizar el Estado de acuerdo con la “verdadera filosofía”, puesto que sólo bajo ella se puede alcanzar la “verdadera justicia”. Si en lugar de la “verdad” se valora la “opinión” -es lo que ocurre, según él, en su época como consecuencia de la educación sofista-, el Estado se corrompe legal y moralmente y triunfa la violencia.

La doctrina central de la filosofía platónica es la teoría de las ideas. Esta teoría consiste en la afirmación de que existen entidades inmatriciales, absolutas, inmutables y universales

independientemente del mundo físico. De ellas obtienen su ser todo lo justo y todo lo bueno que hay en el mundo físico. Las Ideas son realidades inteligibles e inmateriales con existencia independiente del mundo físico. Las Ideas son inmutables, eternas, universales y modelos de las realidades del mundo físico. **Las ideas no dependen en su ser, en su verdad y en permanencia, de las cosas sensibles.**

Sin embargo, aunque las ideas no dependen en su ser de los seres sensibles, éstos sí dependen de ellas. ¿Cuál es, entonces, la relación de los seres sensibles con las ideas? En sus escritos, Platón ha recurrido a dos términos para caracterizar esta relación: **participación** (los seres sensibles participan de las ideas correspondientes) e **imitación** (los seres sensibles imitan a las ideas). La noción de imitación pone el acento en que las ideas son **modelos**, son paradigmas que las cosas pretenden imitar, a los cuales quieren acercarse, sin conseguir igualarlos plenamente jamás. El mundo sensible, el mundo en el que vive el hombre es, pues, una realidad de segunda clase, de categoría inferior, que únicamente es en la medida en que participa del mundo de las ideas. Las ideas son **objetivas, inmutables, indivisibles, universales, atemporales, eternas, únicas, perfectas, inteligibles** (sólo pueden ser conocidas por la razón, no por los sentidos) y se encuentran **jerarquizadas** formando una especie de pirámide en cuya cúspide está la Idea suprema, la Idea de Bien, la causa del ser y la inteligibilidad de todas las demás.

El alcance de la teoría de las ideas es enorme, con ella Platón supera el escepticismo sofista, pues se hace posible el conocimiento verdadero; también supera el relativismo ético, pues podemos encontrar nociones universalmente válidas sobre el bien y las virtudes fundamentales. Además, hay un aplicación política de esta teoría, pues nos permite conocer cómo debe ser una sociedad justa y un Estado perfecto.

Como decíamos más arriba, la convicción platónica de que la verdad es necesaria para poder vivir en la ciudad al amparo de la justicia lleva a Platón a situarse frente a los sofistas y junto a su maestro Sócrates, que había afirmado que el hombre puede hacer ciencia, siendo la ciencia un conjunto de conocimientos universales, necesarios e inmutables. De ahí que nuestro filósofo tenga que responder a la pregunta de cómo es posible que el hombre pueda obtener este tipo de conocimiento. Y su respuesta es tajante: si el hombre puede poseer conocimientos necesarios, universales e inmutables, es porque existen “objetos reales” que son necesarios, universales e inmutables; como hemos dicho, estos objetos universales, necesarios e inmutables constituyen el mundo de las ideas o mundo inteligible.

Todo lo expuesto hasta el momento muestra que la ontología platónica (es decir, su concepción de la realidad) es radicalmente **dualista**: por una parte están las ideas que son la auténtica realidad y, por otra parte, los seres físicos, cambiantes y corruptibles. Veremos a continuación cómo a estos dos niveles de realidad corresponden también **dos niveles de conocimiento: conocimiento sensible u opinión (dóxa) y conocimiento intelectual o ciencia (epistéme)**, que podemos definir de la forma siguiente:

- ☞ **El conocimiento sensible** es el que obtenemos a través de los sentidos, es el conocimiento de las realidades materiales que están en continuo cambio. Este conocimiento no es auténtico conocimiento sino mera opinión o *dóxa*, por dos razones: a) por la vía de acceso a este conocimiento -los sentidos- que son fuente de error y engaño, esto es, por cómo se conoce; y b) porque los objetos que mediante ellos se conocen son individuales, contingentes y cambiantes, es decir, por lo que se conoce. Es, por tanto, un conocimiento de segunda clase, no es auténtico conocimiento.
- ☞ Por su parte, **el conocimiento intelectual** es el auténtico conocimiento, el verdadero conocimiento, el que nos proporciona ciencia o *epistéme*, por dos razones: a) por la vía de acceso a él, la razón; y b) porque los objetos que a través de ella conocemos son universales, necesarios e inmutables (las ideas).

El conocimiento sensible se divide a su vez en **Imaginación** (*eikasía*) y **Creencia** (*pístis*) y el conocimiento intelectual se divide en **Pensamiento discursivo o Razonamiento** o razón discursiva (*diánoia*) y **Conocimiento o Dialéctica** o razón intuitiva (*nóesis*).

La mayoría de los hombres se mueven en el campo de la opinión, sólo los filósofos ascienden, por medio de la dialéctica, hasta la intelección del Bien. La dialéctica es el camino que sigue la razón cuando abandona lo sensible y se dirige hacia las ideas. Platón atribuye a la ciencia -al conocimiento auténtico- un valor catártico de purificación moral: en la medida en que la dialéctica nos lleva de lo sensible a lo suprasensible, de la apariencia a la verdad, el alma se libera de ataduras materiales, se eleva y se purifica y se hace apta para contemplar el Bien Supremo.

No obstante, si las ideas están en otro mundo distinto a éste en el que vive el hombre, ¿cómo es posible que éste las conozca? Platón va a afirmar que **el conocimiento auténtico**, el conocimiento científico, que tiene por objeto las ideas, **es recuerdo**, “**anámnesis**”, y no adquisición. Por eso, aprender es sinónimo de recordar y enseñar equivale a “ayudar a recordar lo olvidado”. Así pues, para Platón, todo conocimiento no es sino recuerdo de algo que siempre ha estado en el alma. El alma conocía las ideas antes de encarnarse en el cuerpo a raíz de un castigo, esto hace que se olvide de ellas. Pero como el mundo sensible es copia del mundo de las ideas, sirve como ocasión para que poco a poco el alma recuerde lo ya conocido. La teoría platónica según la cual aprender es recordar se denomina **teoría de la anámnesis** o de la **reminiscencia**.

El alma, como hemos dicho, posee en sí misma el conocimiento de las ideas, conocimiento que olvida al encarnarse en el cuerpo. Para llegar a recordar lo olvidado hay que seguir un método, un camino, que Platón denomina dialéctica. La dialéctica es el camino, el método, que va desde la visión de las sombras en el interior de la caverna a la contemplación de la luz del sol. Y, una vez que se ha contemplado el sol, una vez que el hombre ha descubierto el principio de todas las ideas, de todas las realidades, es el camino que ha de seguir para informar a los que todavía se encuentran encadenados sobre cómo es la auténtica realidad, el camino que ha de seguir para

señalar a los demás hombres cómo hay que vivir justamente. Así pues, es camino y método en una doble vertiente: del conocimiento y de la libertad; de la ciencia y de la justicia. Además, la dialéctica tiene una doble dirección:

- ⇒ **Ascendente**, que consiste en la búsqueda de una realidad que no necesite de ninguna otra para existir, sino que sea ella la causa de la existencia de las demás realidades. En la *República* identifica ese principio con la idea de Bien.
- ⇒ **Descendente**, que consiste en extraer las consecuencias de ese principio para poder vivir de manera justa; sólo los que han contemplado la idea de Bien son capaces, después, de organizar correctamente su vida y la de los demás. Este es el motivo por el que los que han subido al mundo de las ideas, y han contemplado la idea de Bien, deben regresar a la caverna a “liberar” a los demás prisioneros de sus prejuicios.

Para Platón el hombre es un alma espiritual y eterna encerrada o encarcelada en un cuerpo. El auténtico hombre es el alma, y su destino la sabiduría; el cuerpo no es más que su cárcel, su sepulcro, un obstáculo que le impide dedicarse a su verdadero destino. Es cierto que Platón distingue en el hombre tres tipos de almas, pero sólo una de ellas, la racional, de naturaleza espiritual, es el auténtico hombre; las otras dos, la irascible y la concupiscible, son propias del cuerpo y desaparecen cuando éste muere.

El alma, afín a las ideas y como ellas inmaterial y simple es, por naturaleza, **inmortal**. Inmortal, porque va a seguir existiendo cuando el cuerpo del hombre muera y, también, porque ha vivido en el mundo de las ideas antes de unirse accidentalmente al cuerpo (en el pensamiento griego todo lo inmortal es eterno, no tiene principio ni fin). La unión del alma con el cuerpo no es un estado esencial del alma, sino un **estado accidental** y transitorio o temporal. Más aún, no es sólo accidental, sino que puede caracterizarse como **antinatural**, ya que el lugar propio del alma es el mundo de las ideas y su actividad propia es la contemplación de éstas.

Platón posee una concepción peyorativa del cuerpo. El cuerpo es la cárcel del alma. Para Platón el hombre es su alma y el cuerpo es un lastre que el alma arrastra a consecuencia de un castigo. El alma ha de oponerse al cuerpo y a sus demandas, y en esto consiste la auténtica sabiduría. Por eso, mientras permanece unida al cuerpo, la tarea fundamental del alma es la de purificarse, prepararse para la contemplación de las ideas.

Nuestro filósofo distingue en el alma tres partes que son la razón o alma racional, el ánimo o alma irascible y el apetito o alma concupiscible. Al alma racional corresponde controlar y ordenar el apetito -alma concupiscible-. El alma irascible o ánimo es el coraje o fuerza, que a veces cede a las exigencias del apetito, pero que puede y debe convertirse en aliado de la razón en la tarea de someter y controlar las demandas del apetito. A cada una de las partes del alma le corresponde una virtud propia. Al alma concupiscible -apetito- le corresponde la **templanza**, que es la virtud que permite al hombre moderar sus apetitos; al alma irascible -voluntad- le corresponde la **fortaleza**, que es la virtud que mueve al alma a superar las dificultades en su

ascensión hacia el mundo de las ideas; y, por último, al alma racional -razón- le corresponde la **prudencia o** sabiduría, que es la virtud que acerca al alma al mundo de las ideas.

La justicia será el ordenamiento adecuado de estas tres partes del alma. Tal ordenamiento tiene lugar cuando cada parte del alma ejerce la función que le corresponde y posee la virtud que le es propia. La justicia, por tanto, no es una virtud aparte, sino la armonía y el orden que surge cuando cada parte del alma cumple su función. Y esto ocurre cuando el apetito y el ánimo (alma concupiscible y alma irascible) se someten a los dictados de la razón -alma racional- y reconocen a ésta el papel rector que le corresponde. Ahora bien, para que esto suceda es necesario una educación adecuada. Una buena educación hará que el alma irascible se alíe con el alma racional sometiendo a la concupiscible a sus dictados; mientras que una educación inadecuada traerá consigo que el alma irascible se alíe al alma concupiscible arrastrando al alma racional.

Platón hereda de Sócrates la convicción de que **sin justicia no puede haber felicidad auténtica**. Solamente el hombre justo puede ser feliz, y solamente en un estado justo puede alcanzarse la felicidad. Por ello, Platón establece una clarísima correlación entre alma y Estado, entre ética y política, de tal modo que la ética conduce a la política. Pues bien, la teoría política de Platón gira en torno a dos principios fundamentales, a saber:

- ➔ **Correlación estructural entre el alma y el Estado.** Según Platón el Estado posee la misma estructura tripartita que el alma.
- ➔ **Principio de especialización funcional.** Cada grupo social ha de dedicarse a la tarea o función que le es propia.

La justicia en el Estado se realiza cuando cada uno de los grupos sociales realiza la función que le corresponde y posee la virtud que le es propia. Éstas son:

- ➔ Los **gobernantes** tienen como función organizar la sociedad y dirigir a los ciudadanos hacia la consecución del bien común, serán elegidos de entre los mejores guardianes, siendo su virtud propia la prudencia o sabiduría. Y como los filósofos son los que han contemplado la Idea de Bien, el Bien en sí mismo, son los únicos capaces de gobernar, puesto que únicamente los que han contemplado esa Idea, los que conocen lo que es el Bien en sí, la Justicia en sí, podrán dirigir con justicia su vida privada y la de los demás.
- ➔ Los **guardianes** serán los encargados de defender el Estado de sus enemigos exteriores y de las sediciones internas, serán elegidos de entre los ciudadanos más fuertes y valerosos y su virtud específica es la fortaleza.
- ➔ Los **productores** (agricultores, artesanos y comerciantes), que constituyen la clase más numerosa, tienen como misión producir y elaborar los bienes necesarios para satisfacer las necesidades de toda la comunidad. Su virtud propia es la moderación en el uso de los bienes y en el afán de ganancia, esto es, la templanza.

La organización socio-política debe ser jerárquica porque, según Platón, no todos los hombres están dotados por naturaleza de igual modo y, por ello, no deben realizar las mismas funciones. Tanto en relación con el alma individual como en relación con el Estado, la idea central de Platón es que **a la razón corresponde dirigir y gobernar**. Las otras partes del alma (irascible y concupiscible) han de obedecer a la razón, los otros grupos sociales (productores y guardianes) han de obedecer al gobernante-sabio en quien se encarna la razón. La doctrina según la cual **es a la razón a la que corresponde por naturaleza gobernar** lleva a Platón a concebir un estado ideal, utópico, que puede definirse como **el gobierno de los sabios**. El sabio platónico es, a la vez, hombre de ciencia y hombre de estado. **Bajo su gobierno no son necesarias las leyes**, ya que su saber le permitirá adoptar en cada caso las disposiciones más adecuadas. Toda la teoría política de Platón se centra en la convicción de que la única forma de gobierno válida es aquélla en la que los filósofos detentan el poder.

Platón piensa que **la finalidad fundamental del estado es de carácter moral**: promover la virtud y la justicia, tanto individual como socialmente. De este modo se conseguirá una vida feliz (recordemos que sin justicia no puede haber felicidad auténtica). El fin del estado es hacer mejores a los ciudadanos. Con una concepción tan fuertemente moralizante del estado, no tiene nada de particular que Platón conceda una importancia fundamental a la educación. Ésta, que será competencia exclusiva del estado, se organiza la educación en dos niveles:

- ✓ En el nivel primario, común a todos los ciudadanos, la educación se lleva a cabo por medio de la **gimnasia** y la **música**. Por medio de ambas disciplinas se pretende educar no sólo el cuerpo, sino también el carácter.
- ✓ El segundo nivel, se desarrollará, en una primera fase, con un estudio detallado y progresivo de las **matemáticas** para, en su fase definitiva, abordarse la **dialéctica**, que culminará en el conocimiento del bien.

La educación es un proceso de selección de los mejores. Platón considera que la clase de los productores no requiere una educación especial; sin embargo, no ocurre lo mismo con la educación de las otras clases sociales. Al hablar de los guardianes dice que hay que educarlos de manera que sepan reprimir sus apetitos sensibles, refrenar sus deseos y no tener otro objetivo que la salvaguardia de la comunidad. El modo de conseguir esto es seleccionarlos desde la infancia haciéndoles pasar por pruebas físicas que permitan descubrir quiénes poseen una naturaleza más adecuada para ser capaces de dominar sus cuerpos, serán elegidos de entre los ciudadanos más fuertes y valerosos. A estos elegidos se les enseñará luego a ordenar su afectividad mediante una educación musical sierva de la razón y no de la pasión. Vivirán en comunidad, no poseyendo ninguna propiedad, incluso los hijos serán comunes. Finalmente, los gobernantes serán elegidos de entre aquéllos que hayan demostrado una mayor voluntad de justicia y se les educará en una serie de disciplinas que les enseñen a desconfiar de lo sensible y a valorar lo inteligible, para que de esta manera estén preparados para acceder, cuando llegue el momento, a realizar el último

paso de la dialéctica y contemplar la Idea de Bien. Este momento no será nunca antes de los cincuenta años.

La utopía platónica de la *República* comporta, pues, algunas medidas radicales, cuya finalidad es también de carácter moral. Así, Platón proclama **la absoluta igualdad entre hombres y mujeres**: éstas serán entrenadas y educadas del mismo modo que aquéllos y tendrán las mismas oportunidades de llegar a ser guardianes y gobernantes. Además **se suprime la familia y se elimina la propiedad privada** para los guardianes y los gobernantes (no para los productores), se pretende evitar que el egoísmo se apodere de guardianes y gobernantes; se trata de promover el sentimiento de comunidad entre ellos.

Éstas son las líneas fundamentales de la *República* platónica. En obras posteriores, en el *Político* y más aún en las *Leyes*, Platón suavizó algunos aspectos, una vez que llegó a la conclusión de que no es fácil encontrar auténticos sabios gobernantes. El gobierno de los sabios fue sustituido por el gobierno de las leyes, por el sometimiento estricto de los gobernantes al ordenamiento jurídico. No obstante, Platón no renunció nunca a importantes principios, como que a la razón corresponde gobernar, que el fin propio del estado es hacer mejores a los ciudadanos y que la justicia es condición ineludible para la felicidad.

Platón expone en la *República* el gobierno ideal (el gobierno del Rey-filósofo), pero este Estado ideal no se ha dado nunca en la historia. Frente a este Estado ideal, Platón clasifica de mejor a peor las distintas formas de gobierno que se han dado históricamente de la siguiente manera: **aristocracia, timocracia, oligarquía plutocrática, democracia y tiranía**. Hay que tener en cuenta las características de la democracia decadente que Platón conoce, y que es, además, la que ha condenado a muerte a su maestro Sócrates. Ningún demócrata actual admitiría la descripción de la democracia que realiza Platón.

El verdadero político, según Platón, no ama el mando y el poder, sino que usa el mando y el poder como un servicio, para llevar a cabo el bien. ¿Qué sucederá, por cierto, con el que vuelve a bajar a la caverna? Al pasar desde la luz a la sombra, dejará de ver, hasta acostumbrarse otra vez a las tinieblas. Le costará readaptarse a los viejos hábitos de sus compañeros de prisión, se arriesgará a que éstos no le entiendan y lo consideren como un loco arriesgándose a ser asesinado. Esto fue lo que le sucedió a Sócrates y podría acontecerle lo mismo a cualquiera que actúe igual que él. Sin embargo, el hombre que haya visto el verdadero Bien tendrá que correr este riesgo y sabrá hacerlo, ya que es el que le otorga el sentido a su existencia.

(Nota: He hecho este resumen, se puede y se debe resumir más, pero eso ya lo hacéis vosotras/os porque si no esto se va a convertir en una repetición memorística de 3 folios)